

REVISTA GADITANA.

Número 35.

MOEAMED-BEIT-ALI.

ESCENAS AFRICANAS.

Toda la ciudad de Argel estaba en movimiento, veíase desplegada en ella una extraordinaria pompa, el ruido del tambor sonaba en las campiñas, y el pueblo se precipitaba en murmuradoras oleadas hacia la plaza de Bab-Azoum. Por entre el flujo y reflujo de aquella hirviente multitud, abriéndose camino á duras penas, se acercaba lentamente la escolta de dos jehus que iban á ser decapitados; á cada paso que daban se veían detenidos á su pesar; pero habiendo llegado por último se estableció de repente un profundo y sombrío silencio... en seguida la turba salió de aquel recinto por todas las bocas calles; los dos reos que la habían atraído á aquel sitio, Aarhiben, Muza y Caïl Meastoud eran ya cadáveres.

Todavía se agitaban confusamente en la plaza del gobierno los espectadores de aquel sangriento drama, cuando una muchacha linda y graciosa subía con aire asustado la sinuosa y oscura escalera de una casa de la calle Lalahoum. Llegada que fué al corredor del piso principal, empujó la puerta de un aposento que se hallaba entornada, y se dejó caer á plomo sobre un cinapé. Al ruido que hizo á su entrada, salió otra joven de una pieza inmediata, y al ver á su hermana pálida y agitada,

Apostaría, la dijo, á que vienes á presenciar la muerte de esos hombres. ¿Como has tenido valor, Marcelina, para asistir á semejante espectáculo?... Vamos, bebe un vaso de agua...

Gracias, Angela.

Ya estás un poco mas tranquila, sabes que

me asustaste al principio! Temí que te hubiese sucedido alguna desgracia; vaya cuéntame lo que has visto, si tienes fuerza para ello.

Marcelina, cuya palidez é inquietud se iban disipando progresivamente, aunque siempre dominada por una impresion penosa, contó en frases entrecortadas y con tono vacilante la muerte de los dos árabes, que, fingiéndose durante tanto tiempo partidarios de los franceses, habían organizado los latrocinios y asesinatos de la Metidja.

Volvia, dijo, del barrio de Bab-Azoum, y me hallaba ya á pocos pasos de la plaza, cuando impelida por un peloton de gente, que acudía deseosa de ver aquella escena de sangre, me fué imposible volver atras, hallando cerrado el paso por todos lados, tuve pues que quedarme. Angela, aunque temblando horrorosamente, oía en torno de mí injurias terribles contra los desgraciados que iban á morir; veía á los beduinos ocultos los rostros en sus capuchones, inquietos, trémulos, y murmurando entre dientes palabras ininteligibles, imprecaciones ó plegarias. Casualmente había uno de ellos detras de mí; su aliento abrazaba mi rostro, me tocaba con su brazo y aun me defendió contra la descortesía de un importuno que queria llegar por fuerza á la primera fila. De repente, un movimiento general anunció la llegada de los reos; la turba se replegó sobre sí misma; oíanse execrables juramentos, ruido de caballos; voces de júbilo, y el movimiento continuo de los pies de la multitud, me llevó como una pelota hasta cerca del tablado del suplicio. El mismo beduino de que te he hablado, permanecía junto á mí cubriéndome y protegiéndome quizá; yo no me atrevia á mirarle, y por un mo-

mento el aspecto de tanta turba me hizo perder el sentido. Entre tanto la comitiva se acercaba pausadamente, me armé de toda mi resolución; llamé á mi amparo toda mi energía, y me propuse mirar fijamente... Querida hermana ¡mucho valor he necesitado porque es espectáculo terrible seguramente una escena de muerte! Los dos reos marchaban en medio de dos hileras de soldados precedidos del verdugo con su yatagan desenvainado y á algunos pasos detras un morabito con los ojos fijos en el suelo, murmuraba ciertas oraciones. Mes-tourd el apellidado Cadí de Bouffarich, llevaba la cabeza baja; sus dientes resonaban chocándose unos con otros, fruncia el ceño dolorosamente, y parecia demandar perdón: Aarbi, por el contrario, levantaba la frente con orgullo, gallardeaba su airoso talle, dominaba á todos los espectadores, y paseaba sobre ellos su soberana mirada. Al llegar al pié de la escalera, que estaba apoyada en el tablado, los dos beduinos se detuvieron, y un oficial frances leyó en voz alta su sentencia, repitiéndoselas luego en su idioma un intérprete. Apenas la oyeron, quisieron responder ámbos á un tiempo, sus palabras fueron breves, pero ásperas y amenazadoras; el morabito entretanto miraba al Cielo y les repetia de continuo Alá, Alá... Un momento despues se retiró; habia cumplido ya su ministerio.

Entónces... yo lo ví, Angela, yo vi al verdugo arrastrar hasta el cadalso á Mes-tourd, cuyos brazos se agitaban convulsivamente; yo le miré apoderarse de su víctima y arrojarla sobre ella para obligarle á arrodillarse, y el brillo del acero, al caer sobre su cabeza deslumbró mis ojos. No pudiendo contenerme lancé un grito, y el mismo beduino, que estaba próximo á mí, me sostuvo para que no me cayese; á pesar de mi situacion tuve valor suficiente para desprenderme de él, y continué mirando al suplicio... Aarbi subió solo la escalera sin apoyo de ninguna clase; llegado arriba desplegó su singular hermosura, erguiéndose con orgullo, y contemplando desdeñosamente á la turba; en seguida murmuró algunas palabras, tal vez despidiéndose de su familia, se arrodilló y bajó la cabeza... yo no pude ver mas... En el instante se elevó un vasto murmullo en todos los ángulos de la plaza, y la multitud la fué abandonando poco á poco; yo me dirigia hácia

aquí, cuando volví á encontrar al mismo beduino que clavaba los ojos en mí y que, en el estado de alucinacion en que me hallaba, se me presentó bajo el mismo aspecto de Aarbi. El terror me dió fuerzas; volví la espalda, y deslizándome por medio de un grupo me abrí camino en la turba, y eché á correr hasta aquí, donde me has visto llegar casi moribunda.

Durante esta narracion, las dos hermanas se habian estrechado una contra otra inspiradas por una misma idea, y cuando Marcelina cesó de hablar, temblando todavía, no atreviéndose ni aun á volver la cabeza por miedo de hallarse con una aparicion. Pero pasado este último movimiento, natural en su edad y su sexo, volvieron poco á poco á su risueña alegría, y conversaron indiferentemente acerca de otras mil cosas; sentadas una al lado de otra sobre su sofá frances tomaron la una un bordado y un libro la otra. Así pasó el dia para ellas, entregándose, ora á las emociones grandes que despertaban en sus almas el recuerdo de la mañana, ora á esos fútiles entretenimientos que llaman tan seriamente la atencion de las mugeres, llenando su cabeza de ilusiones.

Antes de seguir el hilo de nuestra historia, diremos algunas palabras acerca de la causa de la permanencia en Africa de aquellas dos mugeres. Pero despues de la expedicion de Argel, y cuando se cimentó la conquista, muchos comerciantes europeos, desgraciados ó torpes, habian pensado en el nuevo pais como un refugio seguro para rehacer su destrozada fortuna y atravesado los mares para ejercitar su genio especulador. La oportunidad favoreció eficazmente esta sagaz idea, pero el tiempo, aumentando los traficantes á medida que se consolidaba la colonia, disminuyó los beneficios notablemente. Sin embargo, algunos de aquellos mercaderes que llegaron muchos mas ricos en esperanzas que en pacotillas, habian sabido explotar hábilmente una prioridad fructuosa, y en este número se contaba Mr. Rebillot, cuya fortuna un tiempo moderada y tímida, se habia tornado en altiva y desdeñosa.

Entusiasmado con sus felices especulaciones, el hinchado comerciante pensó vivir descansado; confió su almacen á manos subalternas, y únicamente, de cuando en cuando se dignó consagrar á las grandes empresas el auxilio de su capacidad comercial.

Para completar su descansada y regalona vida, trajo á su lado á sus dos hijas que se habian quedado en Francia, y las instaló en su magnífica casa de la calle de Lalohoum.

Hermoso día fué para Angela y Marcelina aquel en que trocaron una existencia mezquina por los goces de la riqueza; su vanidad tomó vuelo; pero pronto se repusieron en la embriaguez del primer momento, y mientras que su padre se daba todo el tono posible, ellas, con mas decencia é instinto, se contentaron con ser muchachas bonitas y afables con todo el mundo.

Tenia Angela veinte años y Marcelina veinte y dos; pero esceptuando esta leve diferencia de edad, eran tan parecidas, que para trazar el retrato de las dos, hubiera bastado tomar por modelo una. Tenian ambas la misma cabellera rubia y sedosa, el mismo cutis delicado y algo pálido, la misma sonrisa caprichosa y picaresca; sus talles competian con la palmera del desierto en fragilidad y elegancia, y sus acentos vibraban con igual armonía; añádesse á esto que casi siempre iban vestidas del mismo modo, y era preciso conocerlas bien para no incurrir en los chistosos *quid pro quos* que sin cesar ocurrían. Sus caracteres, empero, ofrecian algun contraste, porque la mayor era mas viva y la segunda mas melancólica; pero estas ligeras diferencias en nada alteraban su amistad fraternal.

El hábito de estar juntas era para ellas un placer y una necesidad, y acaso desde su llegada á Argel seria la primera vez que alia Marcelina sin su hermana, el día de la ejecución de Aarbi.

Desde entonces habia estado el tiempo lluvioso, y por consecuencia desiertas las esplanadas y terrados. Angela y Marcelina, ocupadas en hacer acopio de nuevas galas que lucir para el regreso del buen tiempo, no habian vuelto á acordarse del beduino que tanta impresion hiciera en sus juveniles almas.

Un día entró Mr. Rebillot con aire misterioso, y llamando á sus hijas, las dijo.

Os anuncio una sorpresa, hijas mías; ¿á qué no la adivinais? y eso que estoy seguro de que os ha de gustar.... vamos, habéis de saber que voy á llevaros á la mezquita, que ha sido transformada en iglesia católica; debe ser cosa curiosa, porque todo el mundo va.

Por docilidad ó por gusto, las hijas de

Mr. Rebillot aceptaron con mil amores, y asiéndose de su padre, atravesaron varias calles, esquivando mil amorosas miradas y escoltadas de unos cuantos cumplimientos lisongeros, que el padre saboreaba con indecible placer.

Así que llegaron á la mezquita, ó por mejor decir al templo cristiano, examinaron con curiosidad los adornos, sin concluir la chocante mezcla del islamismo con el catolicismo, las pinturas bíblicas al lado de versículos enteros del Corán. De repente palideció Marcelina, y apretó el brazo de su padre.... acababa de ver el terrible beduino que la acosaba por todas partes.... Angela siguió con inquietud la direccion de la mirada de su hermana, y descubrió á pocos pasos un hombre de rostro atezado y triste, que miraba con estúpida indiferencia el altar y el techo, el Cristo, y los concurrentes. El desgraciado habia quedado sin duda dar el último adiós á su Mahoma.

Las hijas de Mr. Rebillot se dieron prisa á salir; pero con la precipitacion, la una olvidó un pañuelo de batista, la otra dejó caer un guante. El beduino, lanzando un doloroso suspiro, recogió aquellos dos objetos, y salió tambien despues de haberlos envuelto con cuidado en un nudo que hizo en una punta de su albornoz.

¡Oh! ¡Dios mio! ¡que miedo he tenido hoy! dijo Marcelina á su hermana; y á la verdad que sin razon, porque nada hay que temer de ese hombre: pero ya ves, Angela, su presencia me recordó la muerte de Aarbi, la mala cara del verdugo, y toda la horrible tragedia de la plaza de Bab-Azoun.

¡Qué medrosa eres, Marcelina! ¿Qué hay que temer de los pobres beduinos que vienen á la ciudad y que son amigos nuestros? ¡bien afligido parecia el de la iglesia, daba lástima!

Quando nos miraba, creí que me reconocia.

¡Inocente! ¿cómo habia de pensar en nosotras? lo que él lloraba es la pérdida de su mezquita, pero tú te has asustado tanto, que por seguirte he perdido el pañuelo. Y yo un guante.

¿Sabes, repuso Angela despues de una pausa, que es buen mozo ese árabe? y debe ser rico, porque no se parece á esos beduinos que pululan por las esquinas de las calles, acurrucándose en los rincones para de-

vorar higos y azofáifas. Nuestro árabe por el contrario está vestido con decencia: su albornoz deslumbra por lo blanco, y aun me parece notar cierta elegancia en su modo de ponerse el turbante. Cuando venga Sarita la preguntaremos quien es, y que hace en Argel.

Aquí llegaba la conversacion de las dos lindas francesas, cuando tuvieron que interrumpirla para recibir, en ausencia de su padre, á un comerciante amigo.

Peró en tanto que no con mucho gusto hacian los honores de la casa, el beduino habia llegado hasta el umbral de aquella mansion, deseoso sin duda de penetrar en ella; pero conociendo la imposibilidad de realizar sus deseos, despues de algunos minutos de reflexion, se habia encaminado hacia el café moro. Allí, acurrucado sobre la estera, donde otros indignas aspiraban metódicamente la espesa humadera de sus pipas, meditaba el beduino. ¡Oh! ¡era hermoso en efecto aquel hombre! Su tez, tostada por las llamas del Sol de Africa, respiraba orgullo, y su despejada frente, su energética mirada y la negra barba que le caia en ondas sobre el pecho, revelaban el poder de la fuerza y del pensamiento.

Despues de una meditacion larga por cierto, durante la cual se pintaron en su rostro opuestas sensaciones, la cólera en un fruncimiento de cejas, la amargura y el desaliento en la tristeza de una sonrisa, y despues el valor y la resolucion en un relámpago que animaba sus miradas, se levantó como quien despierta de un sueño. Los beduinos que hasta entónces habian respetado su ensimismamiento, le dirigieron timidas preguntas, pero su repuesta fué breve y seca, y en seguida se alejó.

En aquel momento empezaban los derwiches desde lo alto de sus minaretes á entonar la oracion de la tarde. Era la hora en que el Sol trasponia el horizonte, y la bjhnechora fresca del aire invitaba á los habitantes de Argel á salir de sus mansiones, donde permanecieran encerrados todo el dia: paseaba la gente por la plaza del gobierno, pasando y cruzando por delante de dos á tres filas de sillas, donde las lindas francesas lucian sus atractivos y ponian en juego todos los resortes de la coquetería; la familia de Rebillot estaba allí tambien por supuesto, recogiendo las dos hermanas abundante cosecha de requiebros de unos cuantos jóvenes que las asaltaban

á porfia con sus entusiastas galanterías. Uno de ellos propuso un paseo por mar.

Este placer era demasiado atractivo para titubear en aceptarle, é inmediatamente se encaminaron á la costa. Hermoso espectáculo ofrecia el puerto bajo aquel espeso bosque de pabellones y esveltas navecillas, que amarradas acá y acullá, esperaban verse en libertad para deslizarse sobre la limpia superficie de las aguas! La que escogió M. Rebillot estaba tripulada por un beduino, de poca edad y ménos robustez, y mientras el comerciante vacilaba en poner su vida y la de sus hijas en manos de un muchacho, un árabe de elevada estatura se lanza al timon, larga la vela blanca y con un vigoroso golpe de remo pone en movimiento la embarcacion. Esta accion habia sido tan viva, que Marta y Marcelina prorrumpieron en un ligero grito; pero la barca se deslizó con tanta agilidad que ellas mismas se burlaron de su miedo, y cuando reconocieron que su conductor era el beduino de la iglesia, ni una ni otra sintió la menor conmocion.

La barquilla, hábilmente dirigida salió muy pronto de la rada grande y se halló en alta mar á la altura del cabo de Matifous; las muchachas ni siquiera lo echaron de ver; su conversacion era viva, chagarrera y graciosa; M. Rebillot y su colega hablaban de añil y cochinilla, y entre tanto el árabe gozaba una felicidad nueva para él. Pero la barca seguia avanzando y ya no resonaban en sus oídos mas sonidos que el monótono murmullo de las olas y el ruido de los remos que se agitaban con cadencia, cuando Marcelina suplicó timidamente al piloto que virase de bordo; en el momento dió la vuelta la navecilla como por encanto. Apareció otra vez la costa y la ciudad de Huesin con sus blancas y amontonadas casas, envueltas en la naciente oscuridad de la noche, y reflejando sobre las aguas los vivos fulgores que de su seno iban brotando.

La barca disminuyó su velocidad al entrar en el puerto, y se deslizó tristemente al traves de los buques anclados; iba ya á abordar, cuando, empujada torpemente por la canoa de un maltes, retrocedió algunos pies; pero de un salto se lanza Mohamed sobre el malhadado barquero, y asiéndole por la garganta le arrojó á la playa, en seguida amarró su barca con fria indiferencia y la mantuvo inmóvil con el bra-

zo, mientras M. Rebillot ayudaba á sus hijas á desembarcar. Salió Angela, y al saltar Marcelina tropezó su vestido en el rostro del beduino, quien imprimió en él un beso convulsivo.

Angela oyó el beso, y se sonrió maliciosamente.

Ay! amiga, dijo á su hermana con cómica gravedad; estoy segura de que ese árabe está enamorado de tí; y no puedo ménos de darte la enhorabuena por tan gloriosa conquista. ¡Caramba, domesticar á un beduino y hacer de él un Lovelace! ¿Sabes que es cosa admirable? no falta más sino que consientas en llamarte Señora beduina.

Y de este modo acumularon las loquillas, chistes sobre chistes, y tegieron para la primera ocasion una bonita novela con que hacer reír á sus conocidos.

Y era verdad que el beduino sentia todo el fuego de un amor violento. Todos los dias se fijaba en una esquina para esperar á que pasasen las francesas y contemplar por un momento las encantadoras facciones de Marcelina; bien sabia él que mediaba entre ambos un mundo; pero vivia con verla y su existencia se alimentaba con su pasion.

Marcelina por su parte jugaba con el pensamiento del beduino, cuando este pensamiento no le ocurría. La primera vez que le encontró despues del paseo por mar, estuvo el pobre árabe á pique de caer sin sentido, y la inconsiderada doncella le espetó la carcajada mas sarcástica que ha inventado jamas la insensibilidad mugeril. El desdichado se clavó las uñas en el pecho y gotas de sangre rodaron sobre sus trémulas rodillas.

Seis meses duraron los tormentos del árabe seis meses arrostró el desprecio, las risas de Marcelina, y ya las hermanas no se acordaban de él porque la desgracia habia vuelto á ponerse sobre aquella familia, una bancarrota las habia arruinado, y arrastrado en pos de sí una á una las ilusiones que hermoseáran una vida rica en goces.

En vano intentó el negociante resucitar su ya muerto crédito; en vano se humilló á solicitar el apoyo de algunas personas que le debian insignes favores: recibió el desengaño comua á todos los desgraciados; se le compadeció al principio, y despues no se le recibió, dejándole solo con sus miserables restos de opulencia.

El padre conoció cuan urgente era to-

mar una determinacion respecto de sus hijas, iba á venderse su casa y no podia dejarlas en Argel, espuestas á la mas horrosa miseria; así, pues, determinó enviarlas á Francia, donde al ménos podrian ganarse el sustento con el trabajo de sus manos. Hicieron por tanto sus preparativos y tuvieron valor para ocultar á su padre las amargas lágrimas que le costaba aquel repentino cambio de su suerte. Cuando llegaron á bordo del bergantin ya estaba todo dispuesto para darse á la vela; el viento refrescaba y á los pocos momentos fué levantada el ancla y el navio abrió magestuosamente un ancho surco de espuma. Angela y Marcelina subieron á la cubierta para dirigir el último adios á Argel, donde se quedaba su padre, y á sus sueños de ventura que habian desaparecido como el humo.

Enfrente de ellas, de pié sobre una roca de la costa, un beduino, de quien las hermanas estaban muy léjos de acordarse, contemplaba con angustioso afan el buque que le robaba la luz de su corazon; gruesas y abrasadoras lágrimas rodaban por su negra barba, y su mano apretaba convulsivamente el mango de un puñal. A medida que el bergantio iba oscureciéndose en el horizonte, callaba su dolor, al paso que crecia su desesperacion; cuando ya nada descubrió lanzó el desventurado un grito de agonía y las olas le tragarón en su seno, dejando por lápida de su sepultura anchas gotas de sangre.

La travesía fué feliz para las hijas de Mr. Rebillot; los vientos de Este tan temidos en los mares del Mediterráneo, no soplaron una sola vez y el bergantin cruzó en breve tiempo el espacio que le separaba de la Francia. Cuando en el desembarcadero se entregó á los pasajeros sus respectivas maletas, recibieron las dos hermanas una caja dirigida á ellas, la forma de la caja era tan grosera, y al mismo tiempo pesaba tanto, que tuvieron la curiosidad de abrirla inmediatamente... Encerraba un pañuelo de batista, un guante, y muchos miles de monedas de oro.

EL REY Y EL MOLINERO.

Enrique segundo de Inglaterra era generoso, jovial y popular. Amaba con pasión los placeres de la caza y en cierta ocasión, yendo en persecución de un javalí, se extravió y perdió en medio de un bosque. Los señores de la corte, que le acompañaban, no consiguieron dar con él: llegó la noche y se halló solo en un paraje donde no se distinguía ninguna senda. Divagó por largo espacio de tiempo, de una parte á otra, sin ver alma viviente, hasta que por ventura suya pasó, no lejos de donde él estaba, un molinero montado en un burro.

¡Buen hombre! gritó el Rey, decídmelo cual es el camino de Nottingham.

Miróle el molinero de rabo de ojo, y sin contestarle, escitó al animal para que caminase mas de prisa.

¿Sois sordo? ¿Sois mudo? continuó el Rey, espoleando al mismo tiempo á su caballo.

¡Bueno está eso! dijo el molinero. A mí no me gustan chanzas. Mejor que yo sabes tú el camino.

No señor: yo hablé formalmente lo aseguro por mi honor; y si no me dices cual es el camino, voy á pasar la noche al fresco, debajo de estos árboles.

¡Gran desgracia! repuso el molinero; no será por cierto la primera vez que hayas tu hecho la cama en el bosque!

¿Por quien me tenéis?

Por lo que eres. Y no te acerques demasiado á mí!

El molinero creía haber tropezado con un ladrón. El Rey sonriéndose, trató de desvanecer sus temores, asegurándole que era un caballero.

¡Un caballero! murmuró el molinero, pues á mí no me lo parece. Veamos la bolsa, porque hombres de semejante con-

dicion no viajan desprevenidos.

El rey no tenía bolsa, ni dinero, y se vió en grande aprieto para tranquilizar al molinero sobre la falta de una y otro.

En fin, como ha de ser! dijo el rústico, despues de reflexionar unos instantes, mejor quiero esponerme á pasar por tonto, que ser tachado de poco caritativo. Ni es tampoco imposible que yo me equivoque. Seguidme, excelente señor! Nottingham está demasiado léjos para que podais llegar esta noche; pero si sois en realidad un hombre de bien, no consentiré yo en que durmais á la luna.

Soy un hombre de bien, prosiguió el Rey; podeis creerme, y en prenda de mi agradecimiento, aqui tenéis mi mano.

Poco á poco, gritó el molinero; no acostumbro yo á dar la mano á nadie así, á oscuras. No tardaremos en podernos mirar á buena luz, y entónces habrá tiempo para todo.

Caminaron cosa de media hora, y al cabo de ella, descubrió el Rey en la falda de una colina la habitacion del molinero. Echaron pié á tierra los dos, y al entrar, casi cegó á Enrique Segundo el humo de la chimenea. Lo primero de que trató el molinero fué de examinar la fisonomía de su huésped; y despues de haberlo mirado bien, exclamó:

No tienes tan mala traza como yo me habia figurado; si la molinera quiere, cenarás y dormirás con nosotros.

Enrique se habia quitado el sombrero, y estaba de pié con respetuoso continente delante del ama de casa, que en aquel momento se ocupaba en limpiar un jurro de estaño.

Este es un pobre demonio, dijo á su esposa el molinero, y fuera una heregia que lo dejásemos pasar al fresco la noche. Miralo; casi, casi, tiene... así... la apariencia de un hombre de alguna importancia; y por lo ménos es político y

conoce que se debe tratar con respeto á los que valemos mas que él.

La molinera se conformaba al parecer con la opinion de su marido, y dirigiendo la palabra al Rey, le dijo con jovialidad.

Enhorabuena vengais, hijo mio; dormireis en un gerjon de paja fresca y con un par de sábanas de lienzo nuevo.

Y tendrá por compañero de cama, añadió el molinero, nada ménos que á nuestro hijo Ricardo.

Eso será, observó la molinera, si este jóven es limpio, quiero decir.... si viene solo... mas claro, si no trae «compañía.»

Y si la trae, dijo Ricardo con la boca llena, entónces no quiero que duerma conmigo, madre.

Dios nos libre! exclamó la molinera; por acá no conocemos eso todavia.

La cara de Ricardo era verdaderamente original, y su modo de hablar mas que bastante abrutado; el Rey, sin poder contenerse, soltó una careajada; pero en lugar de ofenderse los huéspedes, el buen humor de Enrique les hizo mas comunicativos.

Sentáronse á la mesa, y cenaron muy bien, rociando de cuando en cuando los rústicos manjares con una cerbeza regular. El Rey, que jamas se habia visto con tanto apetito, comia y bebia sin cumplimiento.

A tu salud; dijo el molinero, echándose á pecho medio jarro; y tambien á la de todos los hombres honrados, añadió, mirando con cierta sonrisa maligna á su muger.

Muchas gracias, dijo el Rey; yo por mi parte bebo á la salud de Ricardo, porque estoy seguro de que es un buen muchacho.

Pero no hables tanto, interrumpió Ricardo, bebe mas de prisa, y dame el jarro, que ya es tiempo.

El molinero se manifestaba cada vez mas jovial, y ya no tenia la mas ligera sospecha del forastero.

No tienes otra cosa que darnos? dijo á su muger.

Esta no se hizo de rogar mucho, y presentó otro plato en la mesa.

Esto es delicioso, dijo el Rey, y proseguia devorando. ¿Donde venden esta carne tan esquisita?

Bravos tontos seriamos si la comprásemos, teniéndola de valde en el bosque del Rey.

Ya! esto es caza, continuó Enrique.

Cuidado si tienes penetracion! continuó el molinero, burlándose. Era menester que vinieses ahora del otro mundo para creer que haya necesidad de comprar lo que se tiene de valde; pero mira lo que haces, no digas ni una palabra, porque no quisiera que me delatasen al Rey, el cual no gusta de chanzas cuando se trata de la veda.

Podeis estar muy tranquilo, dijo Enrique; yo no se lo diré nunca al Rey.

Conversaron todavia un rato á la conclusion de la cena, y en seguida se acostó con Ricardo Enrique. Pasó buena noche, y al dia siguiente, en el momento en que se despedia de sus huéspedes, poniendo ya el pié en el estribo, llegaron al molino muchos señores de la corte, que andaban en busca del monarca. Grande fué su júbilo al encontrarlo, y en demostracion echaron pié á tierra, y se arrodillaron, disculpándose como mejor pudieron. Al ver esto los del molino, y al oír que le llamaban señor, y que le daban titulo de magestad, quedaron atómitos. El molinero, sobre todo, temblaba de pies á cabeza, y pareciendole que llevaba Enrique la mano al puño de su espada, dió con su cuerpo en tierra, pidiendo perdon; pero el Rey procuró sosegarle, y despues de haberle dado el abrazo de los caballe-

ros, se alejó del molino con su acompañamiento, á galope tendido.

Un mes mas tarde llegó un paje á aquella casa, y dijo á los que la habitaban: el Rey os invita para que váyais á hacerle una visita á Wesminster.

¡Dios mio! que querrá el Rey hacer de nosotros! Esclamó la molinera.

Se acordará de la cena, y de aquello de la caza, y trata de ahorcarnos! interrumpió Ricardo.

Os equivocais, repuso el page, os convida á comer.

Eatónces, dijo el molinero, ya es otra cosa.

No nos harémos convidar dos veces. Decidle al Rey que aceptamos, y tomad mis albricias.

Alargó el molinero al page dos sueldos de cobre, y cuando el último hubo partido, tomando un aire de importancia, dijo á su muger.

Es menester que veas como nos presentamos; no hay que andar con economías; pongámonos todo lo de las fiestas gordas, y hagamos nuestra entrada en la corte de modo que meta un poco de ruido.

Miéntas la molinera disponia lo necesario, Ricardo limpió su sombrero nuevo, y arrancó al gallo el mejor par de plumas para hacerse un penacho; el molinero enjaczó lo mejor que le fué posible el burro, que, cubierto con un paño verde, sirvió de palafren á la señora de la casa.

Entraron en palacio, fueron recibidos de la manera mas obsequiosa, y el Rey dió la mano de amigos sin ceremonia al molinero y á Ricardo. Cuando este reconoció en el Rey á su compañero de cama, esclamó.

Cuidado que teneis un dormir de todos los demonios! Me sacudisteis lo menos trece puñadas, pero yo.... no....

Calla bárbaro! dijo el molinero,

Y qué tal vamos de caza? preguntó el rey.

Me aseguró S. M. que no hablaria de eso una palabra, contestó el preguntado, por lo demas.... seguiremos como hasta aqui, porque siempre es mejor tomar que comprar.

El Rey nombró al molinero su guarda-bosque, diciéndole.

Venid á verme cada tres meses; y una vez que sois tan aficionado á la caza del Rey, comed de ella todo cuanto podais, pero que no se haga estensivo á vuestros amigos este privilejio, porque para no tener que guardar, escusado es que yo os nombre guarda.

CARLOTA CORDAY.

En los terribles dias de 1793, en aquellos tiempos en que el crimen y el terror eran los berdaderos soberanos de Francia, en aquella época de degradacion, de vergüenza, de peligros y de lágrimas, vivia en Normandía una jóven de veinte y cuatro años. Dotada por la naturaleza de un alma noble y enérgica, ademas de una rara hermosura, se habia estraviado su espíritu adoptando con el fervor de su edad las opiniones republicanas. La república que soñaba su imaginacion no era la de Robespierre ni Marat; no, habia llorado á Luis XVI, y la república que deseaba estaba sometida á las leyes de la virtud; jóven é inespera como era, invocaba á esta dulce quimera de su fantasia.

En Caen, donde vivia con una de sus amigas, habia encontrado á los girondinos donde se le habian presentado con todo el prestigio de la persecucion. Al verlos perseguidos no se acordaba de

que habian sido tambien perseguidores; oyendo proseribir sus cabezas, olvidó que habian hecho caer muchas y una mas sagrada que las demas, y se interesó en su suerte. Empezaba la guerra de Calvados, y cuando vió que las poblaciones se armaban para marchar sobre Paris y destruir el poder de la montaña, dijo para sí:

Yo tambien ayudaré á libertar la patria, y desconociendo la ley de Dios que dice *no matarás*, partió de Caen engañando á su padre y escribiéndole que los disturbios de la Francia, mas horribles cada dia, la obligaban á buscar reposo y seguridad en Inglaterra, pero en vez de embarcarse para Lóndres, se encaminó á Paris. Antes de salir de Caen, habia visto al diputado Barbaroux, que le dió una carta de recomendacion para el ministro del interior y otra para el diputado Duperré, amigo de Marat.

Llegada que fué á Paris, vaciló Carlota un instante en la eleccion de su victima. Danton y Robespierre tenian suficiente celebridad en la montaña para merecer sus golpes; pero el nombre de Marat inspiraba en las provincias mas horror todavía que los otros dos. Fué pues Marat el escogido. ¿Pero donde ha de encontrarle? Tentaciones le dieron de ir á buscarle á los bancos de la montaña á inmolarse en presencia de todos. Sin embargo, entónces el estado de su salud no le permitia á Marat tomar asiento en la Convencion; padecia una de aquellas enfermedades inflamatorias tan comunes en las revoluciones y que con frecuencia terminan esas borrascosas existencias que escapan de las manos del verdugo. Un mes hacia que Marat no salia de su aposento; allí yacia el hombre del populacho jacobino, atormentado de voraces ardores y sin encontrar mas descanso en su atroz agitacion que el espacio que duraba el baño. En él pasaba

parte del dia rodeado de plumas y papeles escribiendo sin cesar, redactando su periódico, y denunciando, acusando y persiguiendo desde el fondo de su baño, como acostumbraba hacerlo desde los bancos de la montaña. El 31 de Julio acababa de escribir á la Convencion quejándose del poco caso que se hacia de sus cartas, y diciendo que si sus cólegas no atendian á sus quejas, se trasladaria enfermo y todo á la tribuna; terminaba su comunicacion denunciando á dos generales; Custine y Biron, á quienes acusaba de meditar una traicion semejante á la de Dunoourier; era indispensable, decia, tomar una determinacion definitiva que acallase todas las calumnias, y comprometiese irrevocablemente á todos los diputados en la revolucion; tal era la de dar muerte á todos los Borbones prisioneros y poner á precio las cabezas de los fugitivos; de este modo no se acusaria á los unos de destinar el trono á Orleans, y se impediria á los otros hacer las paces con la familia de los Capetos.

Así sabia Marat conservar sus odios, y la enfermedad irritaba aun mas su encono. Carlota Corday, no pudiendo hallarle en la asamblea se vió precisada á buscarle en su casa. Fuéle negada la entrada porque una miserable, que no se avergonzaba de dormir bajo el mismo techo que el monstruo, no quiso dejarla penetrar.

Entónces ella, sin desanimarse, volvió á su alojamiento, y escribió la siguiente carta á Marat.

«Ciudadano, acabo de llegar de Caen; vuestro amor á la patria me hace presumir que escuchareis con interes la relacion de los desgraciados acontecimientos que ha presenciado aquella parte de la república. Pasaré á veros á la una: tened la bondad de recibirme y concederme algunos minutos de atencion. Yo os prometo ponerlos en disposicion de ha-

cer un gran servicio á la Francia.»

Al dia siguiente se presentó otra vez Carlota Corday en casa de Marat. La muger, que la vispera se opusiera á su entrada, quiso tambien despedirla; pero oyendo Marat desde el baño una voz desconocida, mandó que entrase la persona que con tanta instancia solicitaba verlo. La jóven al hallarse sola con él, le contempla ántes de herirle.

¡Ola! dijo Marat; ¿con que llegais de Caen? ¿Qué diputados hay alli ahora?

Carlota se los va nombrando mientras él los apunta con lápiz, y levantando la cabeza y mirando con horribles ojos á la jóven que se habia acercado al baño,

Está bien, dijo, todos irán á la guillotina.

¡A la guillotina! replicó la doncella; toma, malvado; y sacando un puñal del seno, hiere á Marat en el pecho, y penetra hasta el corazon.

¡Socorro! ¡socorro! grita el tribuno agitándose en el agua, ¡socorro que me matan!

Mi muger, que vivia con él, oye su voz y se precipita en la estancia. Un mozo que estaba doblando periódicos, acude tambien, los dos encuentran á Marat con las bascas de la muerte y de pie á su lado á la jóven, tranquila, inmóvil y sin miedo... El mozo, enarbolando una silla, la asesta un golpe, y la tiende en tierra; la impura compañera del regicida la pisotea... Acude mas gente al tumulto, y la casa es inundada de curiosos.

En medio de sus gritos, Catalina Corday se ha vuelto á levantar y desafia con dignidad los ultrages y furores de la multitud, que va creciendo gradualmente. Los sanguinarios amigos del monstruo que acaba de morir, quieren precipitarse sobre ella y despedazarla; pero los comisarios de la sesion la defienden y

protegen conmovidos al ver tanta juventud y la belleza unida al tranquilo valor con que confiesa haber cometido su crimen.

La fuerza armada la conduce á la presencia de los hombres á quienes llamaban jueces, reunidos en la Abadía. En derredor del carruage que lo conduce, el pueblo cuyo favorito era Marat, ahulla y vocifera horribles insultos. Carlota los oye sin conmoverse, y en su encantador semblante no se advierte mas que la espresion del entusiasmo por haber logrado su objeto, unida á una sonrisa de desprecio al estúpido populacho que la sigue amenazándola.

Chabot y Drouet han subido con ella en el coche; el capuchino apóstata, y el hombre que habia aprehendido á la familia real en Varennes, querian tomar parte en todos los horrores de los revolucionarios y mojar sus labios en todas las copas de sangre.

Llegados que fueron á la prision de la Abadía, donde no se entraba mas que para padecer, y de donde no se salia mas que para morir, Carlota Corday fué interrogada minuciosamente, pero ella indignándose de las capciosas preguntas que se le hacian, esclama:

Todas esas dilaciones son inútiles; yo he dado muerte á Marat.

Acusada, preguntó Montané, presidente de aquel tribunal de malvados, ¿habeis escogido defensor?

Tenia un amigo á quien pensaba darle el encargo pero no habiendo oido hablar de él desde que se lo pedí, me figuro que no habrá tenido valor para aceptar.

Entónces divizando el presidente en un ángulo de la sala á M. Chevan Lagarde, dijo á la acusada.—El tribunal os señala para defensor al ciudadano Chevan Legarde.

«Como no me conocia, dice este en

sus memorias sobre los sucesos de 1793, Carlota Corday me dirigió algunas miradas de inquietud como temiendo que emprendiese una justificación que no deseaba.

«Comenzaron los debates y se concluyeron en ménos de media hora.

«Ningun pintor, al ménos de los que yo conozco, nos ha trazado fielmente la semejanza de aquella muger extraordinaria; se ha trazado bastante bien su robusta y esbelta estatura, sus largos cabellos muellemente esparcidos por los hombros, sus ojos sombreados de largas pestañas y la forma oval de su rostro; pero no alcanzaba el arte á pintar la energia de su alma, de la que era fiel traslado su fisonomía.

«Lo mismo sucede con los trámites de su proceso; fácil hubiera sido copiar sus palabras literales, pero los periódicos de entónces no se hubieran atrevido. Sin embargo una cosa habia imposible de pintar, el acento de su voz casi infantil y que estaba en armonía con la sencillez de su exterior, y la imperturbable serenidad de su rostro.

«Después que hubo dado cuenta del proyecto que concibiera dos meses antes:

«Hubiera querido, dijo, inmolarme en su mismo asiento. Si me hubiesen prometido que de este modo conseguiria mi proyecto, le hubiera preferido á cualquier otro: entónces estaba segura de perecer inmediatamente á manos del pueblo porque entónces como todo el mundo me creía en Inglaterra, se hubiera ignorado mi nombre.

«En seguida esplicó porque se habia resuelto á introducirse en casa de Marat, y por que medio lo habia conseguido, y habiéndola manifestado un quidán que aquella arteria habia sido una perfidia.

«Convengo, contestó, en que ese medio no era digno de mí; pero todos son

igualmente buenos para servir á mi patria. Además de que para penetrar hasta él, se necesitaba un engaño por que él era hombre cauteloso.

Entónces procedió el tribunal y los jurados al interrogatorio siguiente.

¿Quién os ha inspirado tanto odio á Marat?

No necesitaba yo inspiraciones de nadie; mi odio era bastante implacable por sí solo.

«Pero la idea de asesinarle os seria sugerida por alguno.

Por nadie: lo que uno mismo no concibe, no puede ejecutarlo bien.

¿Por qué le aborreciais?

Por sus crímenes.

¿Y qué entendeis por sus crímenes?

Los trastornos y miserias de que él ha sido causa.

¿Qué intenciones llevabais al matar á Marat?

Poner término á los males de mi patria; he asesinado á un hombre para salvar á cien mil, á un perverso para salvar á millares de inocentes, he sacrificado á una fiera por el reposo general. Yo era republicana ántes de la revolución, y no me ha faltado la energia suficiente.

¿Qué entendeis por energia?

Entiendo por energia un sentimiento que anima, á los que, dejando á un lado su interés particular, saben sacrificarse por su patria.

¿Y creéis haber esterminado á todos los Marat?

No, respondió tristemente la doncella: pero muerto él, acaso tendrán los otros miedo.

Habiéndola presentado nn portero el cuchillo de que se habia servido, le preguntó si le reconocia: entónces se la vió conmoverse por primera vez, apartó los ojos, y separando el cuchillo con la mano, dijo con voz trémula.

Si, le reconozco, le reconozco.

Como Marat estaba sentado en el baño, el cuchillo habia penetrado perpendicularmente por la garganta; esta casualidad sugirió al acusador publicar la idea de decirlo que sin duda estaba muy ejercitada en la carrera del crimen, cuando habia tenido serenidad suficiente para elegir un parage en donde no pudiese fallar el golpe.

¡Oh, el monstruo me cree un asesino! Este grito de indignacion que se le escapó como un rayo, terminó la sesion.

(Se concluirá.)

ARTES.

EL AZUL DE PRUSIA.—Hemos observado con sentimiento, que nuestros tintoreros se esfuerzan á preparar una disolucion de azul de Prusia ó de Berlin en el ácido sulfúrico, para destinarla á teñir la seda; creemos útil indicarles cual es el verdadero disolvente de esta clase de color azul, y el modo con que se prepara el baño, para conseguir un hermoso tinte. Ademas, este género de matiz no se aplica en seda y si solamente sobre algodón; la disolucion se dispone del modo siguiente:

Azul de Prusia, de superior calidad	4	onz.
Acido cloridrogénico (<i>espiritu de sal</i>)	1	lib.

Se reduce el azul á polvo fino colocado dentro de una vasija de cristal, se deja en digestion por veinte y cuatro horas consecutivas; durante este tiempo se ajita cuatro ó seis veces, y se con-

sigue una composicion que da un magnífico color azul.

APLICACION.

Blanqueando el algodón, se pasa por un baño mordente de acetato de alúmina (es el liquido que se obtiene poniendo en contacto una disolucion de jébe y otra de sal de saturno, y filtrando para separar el precipitado) que marque 5 ó 6 grados en el areómetro, y que tenga 25 ó 30 grados de calor en el termómetro de Reaumur; hecho esto se lava y se deja secar; y estando ligeramente humedecido se prepara el baño tintóreo, tomando una cantidad suficiente de la composicion indicada, y mezclándola bien con la mano, con veinte y cinco veces su peso de agua caliente; y cuando el liquido colocado entre el ojo y la luz tiene el matiz conveniente que se desea, entónces se sumerge el algodón, se voltea bien para unir el color, se hunde y se mantiene en este estado hasta que haya adquirido el tinte apetecido.

Cuando se considera que el algodón ha adquirido la porcion de materia colorante para comunicarle el matiz que se ha pedido, se tuerce, se ventea por un cuarto de hora, se lava con agua corriente y se deja secar, tendiéndolo á la sombra; luego se introduce en un baño preparado con

Acido sulfúrico (<i>aceite de vitriolo</i>)	1	parto.
Agua	60	"

Estos dos cuerpos se colocan en una tina, se mezclan bien, y en el baño que resulta se introduce el algodón teñido, despues se tuerce otra vez, se lava con sumo cuidado y se hace secar.

Por este método se da en el algodón un hermoso azul, cuyo delicado ma-

ta puede variar según la concentración del baño. El baño acidulado tiene por objeto avivar el color, ó darle mayor realce.

TEATROS ESTRANEROS.

Berlin.—El célebre compositor frances Adam, que ha llegado hace poco á San Petersburgo, se halla componiendo en la actualidad un baile con parte de canto en que figurará la célebre *Ta-gliani*.

DRS DE 28 DE MARZO.—Antes de ayer se ejecutó por la primera vez, en el teatro real de la ópera alemana, *Guidoy Ginebra*, ó la Peste de Florencia ópera de Haleny que ha gustado mucho.

ITALIA.—El día 19 de Febrero se ejecutó por primera vez en el teatro real de Milán un drama histórico en cuatro actos, compuesto por Félix Tarroti, con el título de *Beatrice di Tenda*. El público lo ha coronado de aplausos, aunque á la verdad no los merecía. No es esto decir que la obra esté exenta de mérito, pero está llena de inverosimilitudes y aunque se titula drama histórico, se separa enteramente de la bien conocida historia de Beatriz, y la envuelve y ahoga con mil pormenores imaginarios. El episodio que ha dado argumento á este drama es muy sencillo. Beatriz Tenda se casa en segundas nupcias á la edad de mas de cuarenta años, con Filippo Visconti, que apenas tiene veinte. Beatriz le da con su mano, ciudades, tesoros, y guerreros que lo ayuden á reconquistar su ciudad de Milán, y en pago de estos dones, seis años despues, Filippo Visconti, cuya atroz crueldad es notoriamente conocida, hace acusar á su muger de

adúltera y la infeliz es decapitada. Este argumento, mas horroroso que dramático, no podia convenir al jóven Tarroti; así es que formó con Visconti una especie de Otello apasionadamente enamorado, celoso de su muger. Nada diremos acerca de la gran diferencia de edad de los dos esposos, porque hay cosas que vemos todos los días sin comprenderlas, y la esperiencia nos demuestra con frecuencia, que puede existir amor, á pesar de esta diferencia; pero creemos que con las condiciones dadas en este drama, este amor es imposible; por otra parte, el drama se halla plagado de otra multitud de inverosimilitudes y de falsos y odiosos caracteres.

ALEMANIA.—Una sola novedad tenemos que anunciar al público; una tragedia en cinco actos escrita por Zalis Stowacki, titulada *Mazepa* que puede competir con los dramas mas románticos, ó digámoslo así, mas furibundos y horripilantes. Su argumento se reduce á lo siguiente. Un polaco que se halla casado con la jóven Amelia, recibe una visita del Rey Juan Casimiro. El Rey y un paje que lo acompañaba, llamado *Mazepa* se enamoran de Amelia. Esta desoye sus sollicitudes, pero no por virtud. Un adulterio no era bastante para Amelia, y para adorar el drama era preciso un incesto; en su consecuencia, Amelia ama á Zbignew su hijastro. *Mazepa* y Zbignew tienen un encuentro y en su virtud determinan irse de casa del polaco; pero *Mazepa* quiere avisar antes á Amelia, que el Rey Juan Casimiro intenta robarla aquella noche y Zbignew quiere despedirse de ella. Ambos se introducen en su cuarto por una ventana. Varios criados que los ven se lo avisan á su esposo, este acude á sorprender al culpable, pero Amelia le jura que no hay ninguno con

ella. El polaco se contenta con tapiar el cuarto donde encontró el paje, y con poner en prision á Amelia. Los gemidos de *Mazepa* llegan hasta el Rey, quien le hace soltar. Entónces el polaco descubre la intriga, y para vengarse provoca entre los dos rivales un duelo en que muere su hijo. Amelia desesperada se envenena, el polaco determina entónces matar á *Mazepa*, y cuando va á sonar la hora del suplicio, ve cercada su casa por las tropas del Rey, se suicida el polaco de rabia, y cae el telon.

(Entreacto.)

BOLETIN.

El *Globe* de Lóndres anuncia en los términos siguientes la muerte de Madame Judith Grisi.

«Tenemos el sentimiento de anunciar á nuestros lectores la muerte de la hermana de Julia Grisi, cuya desgracia privará al público de la presencia de esta por algunos dias. La difunta era demasiado conocida en el mundo artistico para que nos ocupemos de su historia. En todos los grandes teatros de Europa habia hecho resonar su admirable voz, y el de S. M. la habia poseido mas de una vez. Su voz era de un soberbio contralto y al mismo tiempo tenia notas admirables de soprano. Habiendo reunido una decente fortuna y casándose con un caballero italiano de grande influencia, se habia retirado del teatro, cuando inesperadamente se ha visto atacada de una cruel enfermedad, que gradualmente la ha llevado al sepulcro. Por consecuencia de la ausencia de Julia Grisi, Lablache ha suspendido la representación de su beneficio que debia haber dado en el teatro de la Reina.

Se lee en un diario de New-Yorck.

«Un hombre privado del uso de la razon, se bebió por equivocacion una botella de aceite, que se emplea para teñir el pelo rojo en castaño, y al cabo de pocas horas se volvió un negro perfecto.

«Se dice que su muger está desesperada á causa de esta prodigiosa metamorfosis.»

Dice un diario ingles que acaba de construirse en Lóndres una enorme bomba, la mas grande que hasta ahora se ha visto, la cual ha sido ensayada á presencia de casi todos los directores de las compañías de seguros. La altura de la torre de la iglesia de Santa Maria Aldermanbury es de 112 pies, y el campanario de 124; y la bomba, puesta en movimiento por 32 hombres de una brigada, ha hecho subir aun mas arriba de la torre una masa de agua considerable, durante largo tiempo. Esta bomba da 176 galones por minuto, mientras que las comunes, en el mismo espacio de tiempo, no dan mas que 65.

Un mozo de cordel acaba de morir en Amsterdam á una edad muy avanzada; ha dejado para repartir entre sus diez hijos un capital, que asciende á un millon de francos. Este hombre vivió siempre del modo mas miserable; privándose de las cosas mas necesarias y recibiendo la comida sobrante que le daban de limosna en algunas casas.

No es muy comun en las mugeres el suicidarse con armas de fuego. Sin embargo, un caso de esta naturaleza acaba de ocurrir en Bruselas. Una jóven de 22 años, que al parecer estaba entregada al vicio de la embriaguez, se tiró no hace muchos dias un pistoletazo debajo de la barba, des-

pues de haber bebido un cuartillo de aguardiente.

Las cartas de Valparaiso dicen, que el capitán Prentout, del buque de comercio el Vaillant, se ha levantado la tapa de los sesos en Diciembre último. Parece que había dado un bofetón al médico del buque, y que habiéndole afeado su acción y manifestándole que podían condenarle á presidio, atormentado de esta idea, tomó la resolución de suicidarse para evitar su deshonor.

Se vé en la actualidad en Breslau (Silesia) un carruaje monstruoso llamado Kolesseum en el cual, además de la habitación del dueño, hay un panorama, un gabinete de pintura, y una cámara oscura, pudiendo entrar y estando cómodamente doscientos espectadores.

Los periódicos ingleses dicen, que el tenor Rubini ha recibido la noticia del fallecimiento de su padre, acaecido en Italia. Esta funesta nueva privaría por algunos días al público de Londres de oír los encantadores acentos del Rey de los tenores.

Un periódico de París dice, que según se asegura, M. Marliani, director del teatro real italiano de aquella capital, que acaba de marchar á Londres, está encargado de entregar al célebre tenor Rubini la cruz de la legión de honor y el nombramiento de Superintendente de la capilla real de Francia.

PROYECTO DE UN NUEVO PERIÓDICO.—Un periódico de París dice lo siguiente:

Si diez periódicos mueren, puede ase-

gurarse que nacerán bien pronto veinte. Un capitalista conocido, acaba de formar el proyecto de dar á luz un diario, cuya publicación será tan poco costosa como fácil su redacción, y que tendrá por título *diario de peticiones*, aunque mejor le cuadraría el de *descontento*, porque su objeto es recoger las quejas en forma de peticiones, de todos aquellos que hayan sufrido en sus pretensiones alguna negativa, perjuicio ó contrariedad, y los cuales tendrán el derecho en firmando, y sobre todo en pagando, de insertar cuanto les pase por las mientes.

Este diario no tendrá color político: pero en cambio, ha de ser su variedad infinita, si se atiende á que caerán bajo el dominio de los demandantes los inmensos ramos de la política, literatura, ciencias artes é industria. El redactor en jefe de este diario no tendrá otra ocupación que la de corregir las faltas de ortografía en que incurirán los memorialistas.

NUEVO CARRUAJE DE VAPOR.—En los periódicos de París del 4 del actual se lee lo siguiente:

M. Deitz ha hecho rodar hoy su carruaje de vapor en la gran calle de los Campos Eliseos, á cuyo espectáculo ha concurrido un gentío inmenso, colocándose en los costados. El vapor remolcaba varios grandes carruajes; ha corrido, en un término medio, de 3 á 4 leguas por hora, notándose sobre todo la facilidad con que M. Deitz ejecutaba las evoluciones más complicadas en medio de los demás carruajes, que corrían el mismo sitio. Queda pues ya resuelto el problema de la aplicación de los locomotores á la circulación de los caminos ordinarios. Sabemos que M. Deitz ha tratado con una compañía para el establecimiento de un servicio de diligencias, según este sistema, entre Libourne y Burdeos.

BIBLIOGRAFIA.

Libros á precios inferiores de las librerías.

CARTAS

DE

ABELARDO Y ELOISA

procedidas de un ensayo histórico de Mr. y Mme. Guizot.

Dos hermosos tomos en 4.º con 8 excelentes láminas á 50 rvn.

Ademas de las verdaderas cartas de estos dos célebres amantes, y de las imitaciones de varios poetas insignes, franceses, ingleses y españoles, contiene esta obra diversos fragmentos relativos al mismo asunto y escritos por los hombres mas notables de nuestro siglo, como Chateaubriand, Coussin, Saint-Marc, y Girardin.

Ningun asunto mas interesante para los que se cuidan de los adelantos de la filosofía europea durante la edad media: ningun recuerdo mas encantador para los que pueden formarse idea de la mas poderosa de las pasiones del corazon humano.

Este libro es tan necesario en la biblioteca de un filósofo, como en el tocador de una hermosa.

OBRAS DE MELENDEZ VALDEZ

Un tomo en 4.º, excelente edicion á 20 rvn.

Hacer un elogio de las poesias de Melendez Valdez fuera hacer una injuria no leve, á la instruccion y la buen gusto de nuestros lectores. ¿Quién no sabe que es el restaurador de nuestra buena poesia y

que es acaso el mas fluido, el mas armonioso de nuestros poetas?

La presente reaccion contra los horrores y las exageraciones del romanticismo ha vuelto á las poesias de Melendez Valdez el credito, de que durante algun tiempo estuvieron privadas.

TRATADO COMPLETO DE ANATOMIA

DEL BARON BOYER.

Es inútil hacer el elogio de esta interesantísima obra, la primera sin duda alguna de cuantas se han escrito sobre tan importante materia.

Su precio en las librerías es de 5 rs. por cuaderno.

Se admiten suscripciones en Cádiz, en la redaccion de la REVISTA GADITANA: en el Puerto, en la librería de Valderrama: Jerez, Bueno: San Fernando, Molinelo: Sanlúcar, Gurrea: Medina, Rosso.—A 4 rs. el cuaderno.

La obra constará de 25 cuadernos y por tanto el ahorro en ella es de 25 rs. sobre el precio de suscripcion.

LA HOMEOPATIA,

PUESTA AL ALCANCE DE TODO EL

MUNDO,

por Luis Fleury,

Antiguo cirujano del hospital de San Lázaro, &c.

Opúsculo en cuarto que se vende al precio de ocho reales vellon en las librerías de Hortal y Compañía, Féros, Bosch y en todos los puntos en que se suscribe á la REVISTA MEDICA.